



## Luis Mateo Díez

**N**ACIDO en Villablino (León), en 1942, Luis Mateo Díez vive en Madrid. Fue cofundador y responsable de «*Claraboya*», revista que se editó en León en los años Sesenta. Es autor de abundante y sólida obra narrativa, traducida a otros idiomas, que le ha situado entre los escritores contemporáneos más importantes. Entre otros galardones tiene el Premio Café Gijón, de novela corta; y el Ignacio Aldecoa, de cuentos. En 1986 obtuvo, por su novela «*La Fuente de la Edad*», el Premio Nacional de Literatura y el Premio Nacional de la Crítica.

Entre sus obras están «*Las Estaciones Provinciales*», «*Las Horas Completas*», «*El expediente del Naufrago*», «*Camino de Perdición*», «*El Espíritu del Páramo*» o «*La Mirada del Alma*».

—En estos momentos, ¿sirve para algo un escritor, tiene la literatura alguna función social?

—Sirve... (se lo piensa) creo que para lo de siempre, como sucede en otros terrenos: conciencia y espejo, más espejo, de la sociedad en que se vive. No renuncio

a un sentido moral del arte, como espejo de reflexión o lucidez para los seres humanos; y concretamente, la ficción o novela sirve para contar la vida, para crear a través de la imaginación y la memoria universos imaginarios a través de la palabra, que puede dar más intensidad al hábito de vivirla. La literatura ofrecen otras posibilidades de vivir intensamente.

—¿Cuál es su relación con los libros? ¿Y con los libros antiguos?

—En general, muy intensa. He tenido la suerte de tener una relación de naturalidad. En casa siempre ha habido libros, siempre hemos tenido la presencia de libros y he podido valorar lo que es un libro. Es una parte de lo que uno puede ser y he recibido ese mensaje familiar de lo que son los libros. El libro antiguo siempre me ha fascinado, porque son mensajeros del más allá de los tiempos. Tienen el secreto del pasado. No he sido nunca bibliófilo ni bibliómano, aunque las ediciones antiguas son fascinantes, porque te acercan más al autor, más a su mirada. Tienen magia. >

**«Los libros antiguos tienen el secreto del pasado. No he sido nunca bibliófilo ni bibliómano, aunque las ediciones antiguas son fascinantes, porque te acercan más al autor, más a su mirada. Tienen magia»**